

LA TORMENTA



LA TORMENTA

Regresaba a casa después de hacer unas gestiones en el centro, la Plaza Palacio quedaba atrás y, rodeada la tienda de ropa de la esquina, afrontaba la pendiente de la calle Ramón y Cajal, que sube hasta la Estación de Getafe Centro, casi como un pequeño reto a mis sesenta y nueve años, sin dar apenas signos de cansancio.

El cielo se había llenado de nubes negras que amenazaban una tormenta inminente. Aceleré el paso al llegar a la esquina del Teatro García Lorca, justo donde empieza la calle Jacinto Benavente. Este es mi barrio de toda la vida, esa es mi calle y allí vivo hoy en día en el número 24, casi donde la calle acaba.

La amenaza de lluvia era ya una realidad, llovía de forma tormentosa. Un rayo rasgó el cielo y fue a caer a escasos metros de donde yo estaba, produciendo a la vez un amenazador estruendo. El agua caía con furia, atropelladamente, movida por el intenso vendaval. La atmósfera se empezó a cargar de partículas eléctricas que, a su vez, creaban un enorme campo magnético.

La lluvia era cada vez más intensa. Inicié una leve carrera, casi sin ver lo que tenía delante de mí, **iba pisando los charcos y el abundante barro de la calle**. Al pasar por delante del número 14 un rayo restalló cerca, muy cerca, cegándome por unos instantes, cuando abrí los ojos estaba delante de una puerta de hierro, con barrotes hasta media altura, dando acceso a una casa baja que conocía muy bien.

El pequeño jardín de la entrada con sus lirios haciendo un pasillo, la enredadera cubriendo la valla exterior, una parra cercana a la pared de la fachada, con sus incipientes racimos colgando de sus verdes ramas y enfrente la puerta de la casa, de madera, algo entreabierta invitándome a pasar. La empujé suavemente.

Ya en el pasillo de la casa, miré a mi izquierda donde pude ver a mi hermana Mari Tere, peinada con cola de caballo, sentada en el suelo entre la mesilla y la cama jugando con sus muñecas. Miré a la derecha y a través de una rendija de la puerta del comedor, vi a mi hermano Lambertito preparando quizás los temas de Matemáticas, de Literatura o de Física, que a buen seguro le iban a caer en las pruebas de Reválida de Sexto.

Avancé por el pasillo, despacio, en silencio, lleno de emoción contenida. Mi madre debía estar en la cocina preparando la comida del día. Y sí, allí estaba, espléndida, guapa, con esa belleza serena que tienen las mujeres de cuarenta y tantos. Mi padre estaba en el cuarto de estar repasando unos manuales de mecánica de motores de avión, que se había traído de León, del Curso de Especialistas del Ejército del Aire que había cursado en esa ciudad castellana.

Tras la última puerta estaba el patio, donde había una higuera, una acacia, una parra junto al pozo, que estaba en el centro y al final el gallinero. Una voz salió de la cocina, como una orden: “Toñete entra en casa, que está lloviendo mucho y te vas a resfriar”.

Toñete estaba jugando con la lima, con las bolas o con el peón, daba igual con lo que estuviera jugando, simplemente jugaba. Un sentimiento indescriptible me recorrió todo el cuerpo. **Aquel niño rubito, con raya a un lado, con los pantalones cortos, las rodillas peladas y las piernas llenas de cardenales, era, sí, quien yo creía que era.** No podía salir de mi asombro. Pasó a mi lado corriendo, a punto de estamparme contra la puerta del patio.

Volví al pasillo desde donde se veía el interior de la cocina. En una de las paredes había un calendario de una tienda del barrio, **-Año 1958 - Abril -**, los primeros quince días estaban tachados con lápiz. Mi madre había terminado de cocinar una cazuela de arroz con pollo.

Volví sobre mis pisadas para no romper el encanto de aquel momento, mi madre miró hacia el pasillo, donde yo estaba, y pareció decírmelo a mí: "Toñete, vaya pasillo que me has puesto de barro". Se volvió y dirigiéndose al cuarto de estar canturreó **¡Cumpleaños Feliz! ¡Cumpleaños Feliz!** Claro, me dije, el calendario, era el 16 de Abril, el cumpleaños de mi padre que cumplía 43 años. Todos siguieron la canción. Yo también lo hice. **¡Te deseamos todos, Cumpleaños Feliz!**

Caminé por el pasillo hasta la puerta, despacio, sin hacer ruido, unas lágrimas rodaron por mis mejillas, salí al jardín, llovía a cántaros, abrí la puerta de hierro que daba a la calle, **volví a pisar los charcos, volví a pisar el inmenso barrizal**, entre el que ya no se distinguían los trozos de azulejo y de ladrillo ni los variados cascotes que hacían de improvisada acera.

La tormenta seguía sin cesar en una danza mortífera de rayos y truenos, que llenaban hasta rebosar el campo magnético. Me dirigí hacia la derecha, hacia el final de la calle, avancé unas decenas de metros, la tormenta amainaba y las nubes se desvanecieron. Crucé la calle Serranillos y ya en la acera llegué al número 24. Entré al portal, subí los 34 escalones y abrí la puerta de casa. Sentado en el borde de la cama, no podía creer lo que había vivido. Quizás todo había sido solamente producto de mi imaginación.

Paso casi todos los días por el lugar donde estuvo aquella casa, donde viví 20 años, ahora un moderno chalet ocupa su sitio. No puedo evitar echarle una ojeada cada vez que paso por allí.

No me he vuelto a poner los zapatos de aquel día. Todavía tienen el barro de la calle.

Luis Antonio Sanz –Junio 2013

Revisado - Junio2015